

y aplaudía el imperio! El régimen parlamentario le impedía pensar, ¡y ese régimen no es otro que el del libre pensamiento! ¿Por ventura se pensará con mayor libertad cuando ni por escrito ni de palabra se puede revelar el pensamiento? Comte aplaude el cesarismo: llámale la faz dictatorial de la revolución, y en su concepto, la dictadura es verdaderamente francesa, aunque convenga á las demas poblaciones católicas. Sólo una cosa teme, y es que el hombre de Estado que felizmente librará á la Francia del régimen parlamentario intente restablecer el constitucionalismo real (1).

¿Qué quiere, pues, este hombre, que se encuentra mal cuando la libertad reina y dichoso cuando el sable impera? Su doctrina política es la de los papas. Á sus ojos, la regeneración decisiva consiste en sustituir siempre los deberes á los derechos, para subordinar mejor la personalidad á la sociabilidad: "La palabra *derecho* debiera suprimirse del lenguaje político, como del lenguaje filosófico la palabra *causa*." Ya sabemos á qué atenernos. Destiérrese á Dios del mundo, y habrá que desterrar también la libertad. Comte es arrastrado al peor de los socialismos. La individualidad no existe: "Los hombres deben ser concebidos, no como *seres separados*, sino como los diversos *órganos de un solo y Gran Sér*," (2). Los ciudadanos son funcionarios públicos, es decir, engranajes de una máquina. No hay para qué añadir que es inútil la libertad política; hasta la palabra libertad debe desaparecer del lenguaje humano, como la palabra *derechos*, porque las dos nociones son idénticas (3). ¿Cuál será entonces el régimen de la humanidad bajo el dominio del positivismo? Habrá un nuevo poder espiritual, es decir, un nuevo papado. El papa tradicional se llama vicario de Dios. ¿De quién será vicario el papa positivista? No hay Providencia, "artífice teológico," de que puede prescindir el supremo sacerdote del positivismo, quien hablará y predicará en nombre de los tres grandes ídolos. Dejemos aquí una religión donde el culto de la humanidad se reduce á una mala parodia. ¿Qué ganarán los hombres ni los pueblos en tener un papa positivista en lugar de un papa católico? Tener deberes en vez de derechos. Mas ¿caben los

(1) COMTE, *Política positiva*, Prefacio, p. XIV, XVI.
(2) COMTE, *Política positiva*, t. I, p. 361, 363.
(3) COMTE, *Política positiva*, t. I, p. 122-125.

deberes donde el hombre se convierte en máquina? Por lo mismo, la palabra deber ha de desterrarse también del lenguaje humano; ¿qué restará entonces? Nada. ¡Á la verdad, no vale la pena desterrar á Dios del mundo y de la historia para poner la nada en su lugar!

§ VIII. — El fatalismo de las leyes generales. Buckle (1).

I.

El nombre de Buckle ha tenido cierta notoriedad por su muerte prematura, que deben deplorar todos los hombres amantes de la ciencia. Era un entendimiento vigoroso que no se contentó, como Comte, con lecturas rápidas, sin que su notable caudal de conocimientos perjudicara en nada á la independencia de sus ideas. Con todo, no podemos asociarnos á los elogios que se le han prodigado. No es exacto que haya renovado la historia. Procede en parte de Montesquieu y de Herder, en parte de Augusto Comte. De los dos primeros toma la idea de la influencia que ejerce la naturaleza física sobre los pueblos, aunque dando á esta idea vaga la precisión de una doctrina sobre los hechos fundada. De la filosofía positiva toma la idea de las leyes que deben reemplazar á la noción de una Providencia particular. Podríamos, por tanto, dispensarnos de insistir sobre esta filosofía de la historia. Nuestros lectores la conocen de antemano. Detendámonos, sin embargo, un poco en ella, á causa de que la variada instrucción del historiador inglés pudiera dar crédito á una teoría que tenemos por falsa. La hemos criticado en lo que tiene de imaginaria; vamos ahora á apreciarla en lo que tiene de especioso.

Quéjase Buckle de que todos ó la mayor parte de los historiadores se contenten con narrar los hechos particulares concernientes á la vida de una nación. Mientras que en las otras ciencias los hechos se recogen como medio de llegar á leyes generales, los hechos históricos se consideran como el objeto esencial de la historia; los escritores más eminentes creen haber cumplido su tarea añadiendo

(1) Nos servimos de la traducción alemana: *Geschichte der Civilisation in England*, von HEINRICH THOMAS BUCKLE, übersetzt von ARNOLD RUGE (dos volúmenes en tres partes).

algunas reflexiones morales y políticas á los hechos que refieren. Apenas si, después de la mitad del siglo XVIII, tres ó cuatro pensadores han intentado escribir la historia de la humanidad conforme al método seguido en las ciencias naturales; esto es, investigando las leyes generales que rigen tanto á las acciones humanas como á la naturaleza. Entre esos escritores cita con gran elogio á Augusto Comte el historiador inglés, haciendo, sin embargo, importantes reservas en cuanto al método y en cuanto á los resultados: lo único que aprueba es la idea de las leyes que dominan el desenvolvimiento de la vida humana. Mientras la historia no llegue á formular esas leyes, no merece el nombre de ciencia (1).

¿Cuáles son esas leyes? ¿Puede haber para la vida del hombre leyes tan constantes, tan invariables como las que rigen al mundo físico? La libertad humana, con sus irregularidades y sus pasiones, ¿no se opondrá á esa inmutabilidad? Si, á pesar de los excesos del libre albedrío, la humanidad avanza hácia un fin que es su misión, ¿no será indispensable que haya en su vida otro agente que el hombre? ¿No será Dios quien dirige la educación del género humano? Siendo el gobierno providencial el desarrollo progresivo de la especie humana, ¿no será el progreso la ley más general que rige la vida del hombre? Las cuestiones que acabamos de enunciar implican una creencia que está en el fondo de la conciencia moderna: la fe en el progreso y en un destino que estriba en nuestra marcha incesante por la vía del perfeccionamiento. Su curso progresivo puede detenerse por los extravíos del hombre; mas si, á pesar de ellos, cumple su misión, fuerza es creer que no siempre el hombre quiere lo que quiere Dios. Entonces, ¿cómo han de ser las acciones humanas el resultado de leyes constantes, invariables? Sólo hay un medio para llevar la fijeza de la naturaleza física al mundo moral, y es negar la libertad humana. Con efecto, á tal extremo conduce el sistema de las leyes generales. Añádase la negación de un gobierno providencial. Los astros que verifican su curso con regularidad admirable desde que existen ¿tienen necesidad de un guía? Luego la humanidad puede también prescindir de un director. En definitiva,

(1) BUCKLE, *Geschichte der Civilisation in England*, t. I, p. 1, página 3 y siguientes.

las leyes naturales eliminan la libertad y eliminan á Dios. Esto es lo que el mismo Buckle va á decirnos.

La primera ley que establece es la de la influencia que ejerce la naturaleza física sobre la civilización, ó, como diríamos nosotros, sobre el desarrollo de la humanidad. Buckle sigue las huellas de Montesquieu y de Herder, aunque á su manera y con cierta originalidad. El progreso de la civilización depende esencialmente de los conocimientos que adquieren los hombres en los diversos dominios de la ciencia. Para entregarse á su estudio se requiere espacio y cultura intelectual, lo que supone cierta riqueza. Pero cuando el hombre tiene que luchar sin tregua por su existencia, no puede pensar en los estudios. Luego es una ley derivada de la naturaleza de las cosas que el progreso intelectual depende del desarrollo de la riqueza. ¿Qué causas favorecen ó retrasan la producción de la riqueza en un pueblo? La primera, la más considerable causa, está en la naturaleza física, el clima, el suelo. La constitución del suelo, el calor ó la humedad de la atmósfera, los ríos que riegan un país, son otros tantos elementos de que depende la fertilidad del territorio, y, por consiguiente, su riqueza. Ciertamente se necesita el trabajo del hombre para labrar los elementos naturales. Pero el trabajo depende también de la naturaleza física. Esto es lo que Buckle estableció con particular cuidado. Comienza ya á dibujarse el principio que caracteriza su obra: si hay leyes generales, fijas, inmutables que rigen al mundo moral, consiste en que este mundo moral es dependencia del mundo físico.

Con efecto, el progreso de la civilización depende de la riqueza, y la riqueza es producto de los elementos naturales labrados por el trabajo. Si dependen de la naturaleza, no sólo los elementos físicos, sino también el trabajo, es evidente que toda la civilización será resultado de causas físicas, y en este sentido de leyes generales. ¿Quién ignora que el calor y el frío excesivos son igualmente obstáculo al desarrollo de la actividad humana? Buckle añade una observación peculiar suya. El trabajo sólo ostenta valor en cuanto es continuo; si el hombre no puede trabajar durante estaciones enteras, ó si únicamente alcanza á trabajar durante algunas horas del día, su trabajo será poco productivo, y no llegará tampoco á ad-

quirir los hábitos de orden y de regularidad que tanto influyen sobre el desarrollo de la riqueza. Luego es evidente que todo depende de la naturaleza; ¿se quiere una prueba convincente? Creeríase á primera vista que entre la Suecia y la península española media un abismo: religion y costumbres, gobierno y leyes, todo difiere. Pero lo mismo en el Norte que en el Mediodía, el clima impide la continuidad del trabajo; de aquí un obstáculo al desarrollo de la riqueza y una influencia desfavorable sobre el carácter nacional; á su vez irregular é inconstante como el trabajo (1).

Buckle no saca las consecuencias de sus premisas, en sí tan evidentes como la ley que establece. Tenemos el fatalismo de la naturaleza formulado en leyes invariables. Si todo depende del desarrollo intelectual y éste á su vez depende de la riqueza; si la riqueza depende de la naturaleza, hasta en cuanto es el hombre un agente de producción; ¿no se deduciría lógicamente que todo, en la vida progresiva de la humanidad, está determinado por la naturaleza? Entonces ¿qué queda para la libertad? Y sin libertad; ¿no es el progreso una palabra vana? ¿No implica el progreso que el hombre realiza por sí mismo su destino? Y ¿puede decirse esto cuando el Sueco y el Español, el Noruego y el Portugués sufren la influencia de la naturaleza, influencia á tal punto poderosa que desprecia la religion y las leyes, es decir, todo lo que los hombres pueden hacer por librarse de su influjo?

Volvamos á la riqueza y al papel que representa en la civilización, como elemento decisivo y causa dominante. Basta para convencerse echar sobre la historia del Asia una ojeada: ¿cuáles son los pueblos de más antigua civilización? Los Chinos, los Indios, los Persas y los Caldeos, que habitan las comarcas más fértiles de la tierra. En el mismo continente encontramos poblaciones nómadas, bárbaras, sin que hayan cambiado sensiblemente de la antigüedad á nuestros días. ¿Consistirá en la inferioridad de la raza amarilla, á la que esas poblaciones pertenecen? Si los Mongoles no hubieran jamás descendido de sus estepas, un Renan del Oriente habría podido sostener esa tesis. Pero han fundado imperios poderosos en la India y en la China, y apé-

(1) BUCKLE, *Geschichte der Civilisation in England*, t. I, p. 40-44.
(2) BUCKLE, *Geschichte der Civilisation in England*, t. I, p. 83.

nas establecidos en países fértiles, apenas en posesión de riquezas, se han civilizado, como habían hecho ya los habitantes primitivos de esas comarcas felices. Otro tanto pasó con los Árabes. Nómadas é incultos mientras permanecieron en sus desiertos, se elevaron al más alto grado de civilización en Córdoba, en Bagdad y en Delhi. Si pasamos al África, encontraremos pueblos que se conservan en la infancia. ¿Consiste en la raza este defecto de cultura? La raza negra obedece á la misma ley que la amarilla, y á ella están sujetos tanto los Semitas como los Arianos. Hay en este mismo continente, al parecer entregado á la superstición y á la miseria, una región que las aguas del Nilo cubren con su limo fertilizador, y esto ha bastado para despertar la actividad humana. El Egipto, cuna de una antigua civilización, acaso por demas encomiada, forma extraño contraste con el resto del África (1).

Buckle tiene razon en negar el gobierno de la Providencia. Aún debe ir más lejos y negar á Dios. Si hubiese un Dios, ¿habría destinado todo un continente á una barbarie eterna? Dios queda eliminado de la historia; la humanidad puede consolarse estudiando las leyes á que está sometida. Desde luego sabe que no hay civilización sin riqueza; pero ¿está en sus manos adquirirlas? No, la naturaleza física lo decide todo, y su poder es irresistible. La palabra es de Buckle (2). Dejemos á los desheredados de este mundo, habitantes de las estepas del Asia y de las tierras arenosas del África, condenados por la naturaleza á eterna barbarie. Veamos la suerte de los escogidos, de los privilegiados. Entre éstos descuellan los felices habitantes del Asia meridional. La naturaleza ha prodigado sus dones á esta región; su riqueza es fabulosa, y, por consecuencia, su civilización avanzada casi tan antigua como el mundo. Pues bien, á pesar de todo, es tal la condición de los favorecidos, que nada tienen que envidiarles los condenados.

Las castas están establecidas en la India de tiempo inmemorial. Los mismos Indios viven persuadidos de que ese régimen es eterno; Buckle cree lo mismo, por lo visto, puesto que achaca á la naturaleza el origen de tan odiosa institución. Te-

(1) BUCKLE, *Geschichte der Civilisation in England*, t. I, p. 40-44.
(2) BUCKLE, *Geschichte der Civilisation in England*, t. I, p. 83.

nemos, pues, una ley, y toda ley es general. Donde no hay castas reinan la esclavitud y el despotismo más abyecto. Los pueblos no disfrutan ninguna libertad; se reducen á instrumentos de los sacerdotes ó de los guerreros; su estado de embrutecimiento es tal, que ni siquiera sueñan en cambiar su suerte, por más que se cuenten por millones, y sólo sean en corto número sus amos. ¿Han hecho jamas una revolución esos millones de esclavos? Vanamente la intentarían. Nacidos para la servidumbre, la suten como una ley general que depende de la naturaleza. Los beneficios de la naturaleza se vuelven contra ellos. Viven con un poco de arroz, y el suelo es tan fértil que el producto de su cultivo alimenta fácilmente á una inmensa población; ¿no se diría que tal país es un paraíso terrestre? ¡Ay! El paraíso se trueca en infierno. Veamos un resultado natural de la ley económica que rige la oferta y la demanda: donde vienen en masa los obreros á ofrecer su trabajo, el salario es necesariamente bajo, y no se elevará nunca, porque esa ley es fatal; ¿qué significa esto? ¿Y á quién aprovechará la maravillosa fertilidad del suelo? Á los que le poseen. Su riqueza es prodigiosa, porque aprovechan casi exclusivamente los beneficios del suelo y del trabajo. Poseyendo solos la riqueza, poseen también el monopolio de la civilización. Parece que la civilización, fruto de la riqueza, desarrolla la caridad; los ricos no se contentan con gozar de sus bienes; aspiran también al poder: á ellos corresponde el gobierno y la dominación. Cuanto más se eleva su condición, más se abate la de las clases laboriosas, concluyendo por verse reducidas á la increíble degradación que caracteriza á los sudras de la India. El espantoso espectáculo que ofrece el Oriente á las miras del historiador se ha reproducido en Egipto por las mismas causas, y se reproduce de la misma manera donde quiera que éstas influyen. Poco importan las revoluciones políticas; una raza reemplaza á la otra; las dinastías cambian, las religiones se modifican; todo esto es puramente secundario, y no afecta más que la superficie de la sociedad. La condición del pueblo, de las masas, no cambia ni cambiará á menos que cambie también la naturaleza misma (1).

Resumimos en pocas palabras las extensas é interesantes cuestiones que Buckle ha desenvuelto. Lo esencial es la ley que domina todos los hechos particulares, y que consideramos como el fatalismo de la naturaleza, resultante del aniquilamiento de toda libre actividad en el hombre. Felizmente la historia da un mentís á esta teoría de las leyes generales, producto necesario de la naturaleza. Las castas no reinan ya sobre las orillas del Nilo. Háse verificado un inmenso cambio; y ¿quién nos dice que sea el último? Verdad es que las castas han sobrevivido en la India á todos sus cataclismos, pero tampoco han existido siempre. La doctrina brahmánica, la religion es quien ha impreso á las castas indias el sello de inmovilidad que las asemeja á los círculos del infierno imaginados por Dante (1). Lo que una falsa religion ha edificado, ¿no podrá destruirlo una religion verdadera? Aquí nos para Buckle. Desde luego niega la influencia de las ideas religiosas y morales en el destino de los pueblos. Insistiremos luego sobre este descubrimiento, que por completo le pertenece. Despues la religion, á su juicio, está dominada por causas físicas. Si fuera así, nada se ganaría en atribuir á influencias de la religion lo que el historiador inglés refiere á la acción de la naturaleza; siendo la religion un producto de ésta, poco importa que la degradación de las poblaciones del Oriente dependa de la naturaleza ó de la religion, puesto que, en definitiva, la influencia religiosa sería igualmente una influencia de la naturaleza. Oigamos á nuestro autor.

La naturaleza rige y determina el desarrollo intelectual y moral de los pueblos, ó sea lo que nosotros llamamos civilización. Esto sólo prueba ya que la religion es un producto de causas físicas. Sabido es que los materialistas han atribuido siempre al temor el origen de las ideas religiosas. Epicuro lo ha dicho, Lucrecio lo ha cantado, y los filósofos del siglo último han reproducido esta hipótesis injuriosa. Buckle eleva la hipótesis á ley, ó, si se quiere, la convierte en aplicación de una ley general. La naturaleza, autora de todo, debe ser también autora de la religion. La manera como el filósofo inglés explica esta influencia constituye una injuria tanto para la religion como para la especie humana. El temor engendra la religion; ¿quién excita este temor? La naturaleza y sus tras-

(1) Véase la parte primera de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

tornos, los huracanes, los temblores de tierra, las erupciones volcánicas. El hombre queda como aniquilado en presencia de esas inmensas calamidades que vienen á destruir en un instante el trabajo de una vida entera, sin dejarle reposo ni seguridad. En vano busca un apoyo en torno suyo; por todas partes encuentra la misma debilidad, la misma impotencia. En su desesperacion, se imagina que hay seres invisibles que gobiernan el mundo y que distribuyen la suerte ó la desgracia; llega hasta suponer un alma á los males que le afligen; procura conciliarse el favor de esos terribles poderes, y les implora, les suplica, creyendo que cederán á sus ruegos, como ceden á los aduladores los hombres poderosos. Hé aquí la religion (1).

¿Cuáles son los países donde la religion ejerce mayor influencia sobre las almas? Asia, África y América. Pero precisamente son estas las partes del mundo donde los temblores de tierra, los huracanes y las pestes sobreexcitan la imaginacion del hombre y debilitan su inteligencia hasta el punto de que ni piensa entrar en lucha con la naturaleza que le domina y le espanta. Esclavo de la naturaleza, lo es más todavía de los poderes invisibles y de los que se dicen sus órganos: la supersticion y el envilecimiento marchan á la par. Europa presenta el mismo espectáculo. Los países del Mediodía, la Italia y la península española, son los más expuestos á temblores de tierra y á erupciones volcánicas; en ellos han asentado su corte la supersticion, la corrupcion de costumbres y la explotacion de la estupidez humana por un sacerdocio ávido y ambicioso. Es inútil continuar el cuadro: ¿quién ignora que el miedo degrada á los hombres hasta el punto de impulsarles á adorar los tigres que amenazan su vida y la peste que les diezma? De la naturaleza, y no de los hombres, cabe quejarse; diríase que aquélla está conjurada contra la raza humana al verla acumular por todas partes los fenómenos que debilitan la razon y exaltan la imaginacion. Sólo en los climas templados de Europa viene la naturaleza en auxilio del hombre, permitiéndole el ejercicio de la libre actividad de su inteligencia. En las demas partes opone al desarrollo intelectual obstáculos invencibles, ó, por lo ménos, hasta hoy no dominados (2).

(1) BUCKLE, *Geschichte der Civilisation in England*, t. 1, 1, página 103 y siguientes.

(2) BUCKLE, *Geschichte der Civilisation in England*, t. 1, 1, páginas 104, 106, 107, 110-112, 129.

¿Qué naturaleza es esta tan maléfica con el hombre? ¿Quién ha creado el mundo y sus fenómenos? ¿De dónde proceden los temblores de tierra, los huracanes y los volcanes que llenan á las almas de espanto y las someten al yugo vil de una supersticion vergonzosa? Buckle no es incrédulo ni materialista, y adora á un Dios todopoderoso cuya sabiduría ha dado al mundo las leyes eternas que le rigen. Pero, á la verdad, este Dios de las leyes inmutables nos asusta aún más que los temblores de tierra y la peste. ¡Cómo! Dios, que ha hecho el mundo, ¿le ha hecho de manera que la inmensa mayoría de sus habitantes estén para siempre condenados á la esclavitud del alma lo mismo que á la del cuerpo? ¡Servidumbre eterna, puesto que dura desde hace millares de años y no hay apariencias de que cese! Para ello sería preciso que cambiase la naturaleza, cuando es inmutable. ¿Cuál es el destino de la humanidad en este sistema desolador? ¿Vale la pena de ocuparse de él? Sólo merecen atraer la atencion del historiador algunos puntos del globo, los que son asiento de la cultura europea. Compréndese ahora que Buckle, con pretensiones de escribir una filosofia de la historia, haya escrito la historia de la civilizacion de Inglaterra. No hay civilizacion general; hay, sí, civilizaciones particulares donde no se dejan sentir los temblores de tierra, ni los volcanes, ni la peste.

Felizmente esta filosofia de las leyes generales es falsa. ¿Cómo Buckle, con ser tan sabio, ha olvidado que la más cruel supersticion ha ensangrentado los países donde reina hoy una civilizacion dulce y humana? ¿Cómo ha olvidado él, un Inglés, que los Druidas han manchado el suelo de Inglaterra y de Francia con sus cruentos sacrificios? Sin embargo, no se dejaban allí sentir temblores ni pestes. ¿Qué dirémos de la concepcion degradante de la religion? El alma más religiosa que sobre la tierra ha aparecido, Jesucristo, ¿era un vil esclavo del miedo? Tampoco Mahoma pasa por un cobarde, ni lo eran los altivos Árabes, que en ménos de un siglo conquistaron las tres partes del mundo. Buckle confunde la religion con la supersticion. No, el temor no engendra la religion; el hombre es siempre religioso, lo mismo donde nada tiene que temer de la naturaleza que donde su vida está continuamente expuesta á nuevos peligros. La supersticion se extiende también á todos los climas. Si Buckle hubiese tendido en torno su mirada la ha-

bria visto reinando en Inglaterra, en Alemania y en Francia, por efecto de la ignorancia alimentada y cultivada con esmero por una Iglesia ambiciosa. La supersticion se desvanecerá ante la verdad, como las tinieblas de la noche ante el resplandor del sol. Si el sol ilumina al mundo entero, ¿por qué no le iluminará también la luz de la verdad? ¿Habrá Dios condenado para siempre á la mayor parte del género humano á corromperse en medio de la ignorancia y la supersticion? Si así fuera, diríamos con los incrédulos: No, no hay Dios. Pero entónces, ¿para qué filosofar sobre la historia?

II.

Fuera injuriar á Buckle imputarle estas espantosas consecuencias que con horror rechazaría. Pero ello es que doctrinas que retroceden ante las consecuencias de los principios que han asentado no pueden ser expresion de la verdad. Tal dirémos sobre todo de una filosofia de la historia que ostenta la ambicion de establecer leyes generales, pues conduce necesariamente al fatalismo. Sin embargo, Buckle no enseña el fatalismo; por el contrario, condena el fatalismo teológico llamado predestinacion. Pero al mismo tiempo combate la libertad, tal como los filósofos la han entendido siempre, esto es, la facultad de hacer lo que queremos sin que nuestra voluntad sea solicitada por una causa determinante. Buckle rechaza á Dios y su predestinacion como causa de nuestra voluntad; pero dice que el hombre, sér inteligente, no hace nada sin una razon que lo determine; esta razon es el conjunto de móviles que sobre él influyen en el momento de obrar; si de una manera precisa se conocieran, podría predecirse con exactitud lo que el hombre habría de ejecutar. Ello es que estos móviles, conozcámoslos ó no, existen; luego el hombre al obrar obedece á una fuerza que requiere su eleccion. ¿Podrá entónces decirse que es libre cuando de antemano está seguro de tomar el partido por sus antecedentes determinado? (1). El determinismo absoluto aniquila lo mismo la libertad que la predestinacion. Ni media entre ambas marcada diferencia. Si todos los móviles que influyen sobre la voluntad fueran producto de nuestra libertad, po-

(1) BUCKLE, *Geschichte der Civilisation in England*, t. 1, 1, página 16.

dria decirse, remontando de causa en causa, que, en definitiva, el primer impulso es libre. Pero en estos móviles, ¿no es la naturaleza quien juega la accion principal? Supongamos que el fanatismo impulsa á un hombre al crimen; ¿de dónde procede el fanatismo? ¿De nuestra libertad? No; es un efecto de la naturaleza. El estado social, las leyes, las costumbres, ejercen una influencia incontestable sobre nuestra voluntad. Pero también todas estas causas dependen de la naturaleza. ¿Qué vale más, el fatalismo de la naturaleza ó el de la predestinacion? Si hubiéramos de elegir, preferiríamos la predestinacion, puesto que al ménos mantiene la idea de Dios y de su Providencia; así podemos creer que un sér benéfico preside nuestros destinos y nos conduce á un fin, por más que no comprendamos los medios que emplea ni entremos para nada en sus decretos eternos, mientras que la naturaleza nos domina con un poder igualmente irresistible y al mismo tiempo ciego.

¿Es libre el criminal al cometer el crimen? Buckle no contesta directamente la pregunta; pero hace notar, con los estadísticos, que se observa una regularidad espantosa en el número de los crímenes, y hasta en las circunstancias que les acompañan. Los asesinatos se cometen, por lo general, á consecuencia de querellas que nacen sin motivo y de la manera, en apariencia, más fortuita. Sin embargo, su número es casi igual anualmente, y los instrumentos que sirven para cometerlos se emplean en las mismas proporciones. Quetelet, que asegura el hecho, saca de él esta dolorosa consecuencia: "Hay un tributo que el hombre paga con mayor regularidad que el que debe á la naturaleza ó al tesoro del Estado, el que debe al crimen. ¡Triste condicion de la especie humana! ¡De antemano podemos calcular el número de individuos que mancharán sus manos con la sangre de sus semejantes, el de los falsarios y el de los envenenadores, casi como pueden calcularse los nacimientos y las defunciones que hayan de verificarse en un tiempo dado!" (1).

Buckle se complace en citar ese testimonio para probar que los hechos más accidentales, en apariencia, obedecen á una ley general. En su vista nos preguntamos con ansiedad: ¿á qué se re-

(1) QUETELET, *Ensayo de física social*, tomo 1, páginas 7, 9, 10. —BUCKLE, *Geschichte der Civilisation in England*, t. 1, 1, p. 22.